

CAPÍTULO CUARTO

UNA VISIÓN ESPAÑOLA DEL MEDITERRÁNEO ÁRABE

UNA VISIÓN ESPAÑOLA DEL MEDITERRÁNEO ÁRABE

Por ROBERTO MESA

Todo el mundo prevé, o trata de prever, el futuro. Interrogarse sobre el mañana forma parte de la vida, de los negocios; todos lo intentamos hasta donde es posible. Pero el proceso de previsión del futuro debe basarse necesariamente en el conocimiento del pasado. Lo que vaya a ocurrir tendrá forzosamente alguna relación con lo que ya ha ocurrido. Y este es el único aspecto en el que el historiador tiene algo que decir (1).

A MODO DE INTRODUCCIÓN

Una reflexión del tipo que se propone y bajo el título que encabeza estas páginas, requiere una serie de indicaciones previas que sirvan de guía tanto para el autor como para sus posibles lectores. Esta es la razón, entre otras, de la cita preliminar del maestro de historiadores británico Eric Hobsbawm que previene contra los aprendices de profetas y advierte contra los que presumen de augures. La adivinación del futuro no es el oficio de los analistas sociales; sin embargo, el conocimiento del pasado y la indagación del presente son los únicos instrumentos de navegación capaces de orientarnos en la incógnita de los tiempos venideros.

(1) HOBBSAWM, Eric: "Entrevista sobre el siglo XXI". Barcelona, 2000; página 14.

Con este lema por guía, y dado el carácter colectivo de este volumen, mi aportación tratará de sobrevolar el horizonte y el perfil de la Unión Europea; no por minimizar, ni mucho menos, el importante marco comunitario, sino porque las aportaciones de diplomáticos y de militares, aquí recogidas, proporcionan información y análisis más que suficientes y bien documentados.

Por mi parte, es mi intención centrarme en el contenido, actual y prospectivo, de la política exterior española. Parto de la observación de una realidad: cada vez es más frecuente la tentación de subsumir nuestra acción exterior en la todavía frágil e insuficiente Política Exterior de Seguridad y de Cooperación de la Unión Europea. Si se recuerdan los obstáculos que se alzan frente a los proyectos integracionistas mediterráneos es fácil entender que todavía y durante un largo tiempo tendrán especial importancia las diplomacias nacionales y las relaciones bilaterales. Por lo demás, sería superfluo recordar que el Mediterráneo es una de las tres grandes vertientes de nuestra política exterior, junto a Europa e Iberoamérica.

Ahora bien, hablar del Mediterráneo y, peor aún, considerarlo como un todo completo, como un bloque homogéneo, es un gravísimo error en el que frecuentemente incurren no sólo los profesionales de los medios de comunicación, sino también aquellos otros que tienen pretensiones científicas y académicas. A veces, la mayor finura se queda, con una gramática rígidamente eurocéntrica, en considerar escuetamente la orilla Norte y la orilla Sur, sin ninguna otra precisión; pero introduciendo, de paso, una visión horizontal que lo empobrece, trazando, además, una linde divisoria. El conocimiento histórico, junto al social, el económico, el político y el cultural, aconseja hablar de los Mediterráneos, de varios Mediterráneos; en suma, de un gran espacio interior cuyo mayor signo distintivo es la diversidad. Hay, pues, que considerar, en primer lugar, y sin pretensiones jerarquizadoras, los Mediterráneos europeos y los no europeos; y, dentro de los primeros, los comunitarios y los no comunitarios. Que, como además se superponen, hace preciso mencionar otros Mediterráneos europeos: Adriático, Egeo y, con un peligroso protagonismo, el Balcánico. Sin olvidar a los que reivindican un Mediterráneo griego y un Mediterráneo turco.

En la llamada Ribera Sur las cosas se presentan con una aparente facilidad; y, desde el Norte, se califica sin más como el Mediterráneo Árabe; lo que no es incorrecto, pero sí inexacto: por desgracia, las tensiones y los conflictos de las últimas décadas nos han enseñado no poca geografía.

Ya se distingue el Magreb del Medio, Cercano o Próximo Oriente; éstos tres últimos, pese a su utilidad conceptual, son términos absolutamente occidentales. Por añadidura, en esa misma esquina mediterránea, las diversidades se multiplican aún más: es una orilla asiática, ni europea, ni africana. Lugar, además, en el que viven y, sobre todo, malviven realidades tan diferentes como las que van desde Egipto a Israel, desde el Golfo Árabe, también llamado Pérsico, hasta Irak o desde Jordania a Turquía, por citar sólo algunos ejemplos. Espacio en el que, por añadidura, se imponen lealtades que exceden al medio físico y en el que las personalidades colectivas se subliman o se realizan en el credo religioso. En función de esta identificación superior, lo islámico, al igual que lo judaico, extiende sus fronteras mucho más allá, hasta llegar incluso a otros Continentes.

Quizá, y valga como una sencilla anotación al pie de la página, se cometa una grave falta de percepción cuando se invoca el diálogo euro-mediterráneo o, aún más, euro-árabe. En estos supuestos, lamentablemente habituales y aceptados, tanto en medios diplomáticos y políticos como en los académicos, se utilizan parámetros no equiparables en la identificación de interlocutores que, en manera alguna, son homogéneos. Esta es otra de las razones por las cuales, desde mi planteamiento, continúan siendo útiles, a más de realistas, los diálogos bilaterales como paso previo antes de llegar a interlocuciones grupales. Mientras tanto, hablar de Unión Europea y Magreb y de Unión Europea y Oriente Medio significa manejar términos que responden a realidades concretas con otros que no son más que aspiraciones de futuro o meras referencias geográficas concretas. Todo lo cual no va en detrimento, sino todo lo contrario, de la importancia y de la necesidad de crear y mantener foros de diálogo, de encuentro y de aproximación, como el que en su día se abrió en Barcelona (1995). Y, aún menos, está en contra de los abundantes y considerables programas de cooperación que, en definitiva, son los Acuerdos de Bruselas con cada uno de los Estados del Mediterráneo Árabe.

En esta óptica, cobra toda su dimensión nuestra política exterior que, durante tiempo, ya no, deambuló engañosamente por los senderos estereotipados de la que se proclamaba ampulosamente como "*nuestra tradicional amistad con los países árabes*"; ni éramos amigos, ni podían considerarse tradicionales unas relaciones que, en el mejor de los casos, sólo tenían a sus espaldas un par de décadas de existencia. Ciertamente que, nuestra acción exterior, superó ya las fórmulas polvorizadas. La política exterior debe orientarse siempre por el realismo; que no es solamente el conoci-

miento de la realidad, sino también la medición exacta de los medios para implementarla y la fijación de unos objetivos acordes con las capacidades.

Esta es, exactamente, la línea marcada por unos de nuestros mejores especialistas en el tema, el Embajador Miguel Angel Moratinos que, en un artículo publicado en el diario “El País”, el día 2 de diciembre de 1989, aconsejaba prudentemente comenzar por el *reforzamiento de las relaciones bilaterales*, tras enunciar rotundamente que:

Nuestro país (España) no puede ni debe renunciar a su vocación mediterránea. Su europeidad —cada día más consolidada— debería permitirle prestar un mayor interés a un área vecina con la que mantiene estrechos lazos de historia y cuya evolución afectará muy directamente a su propio futuro (2).

Una vez hecha, a los fines intelectuales y didácticos explicitados, la opción que guía mi reflexión, conviene hacer algo más compleja la imagen. Centrados en el Mediterráneo Árabe dual, el Magreb y el Mackresh, también hay que rehuir la tentación de suponer que ambos, que cada uno de ellos, constituyen conjuntos acabados y cerrados. Aunque el modelo de subsistemas, sobre el que volveré más adelante, es de gran utilidad, sobre el Mundo Árabe y sus especificidades geográficas incide todo un universo de particularidades que aconsejan el tratamiento individualizado, país a país. El ilustrativo título del último estudio de Bernard Lewis, “*Las identidades múltiples de Oriente Medio*”, también puede extenderse, sin abusos, al Magreb. El párrafo con que el autor citado inicia su obra, es buena prueba de la validez, para todo el Mundo Árabe, de la apreciación que incluye, por si fuera poco, un muy valioso consejo:

Oriente Medio es una región de identidades antiguas y profundamente arraigadas que en los tiempos modernos ha experimentado cambios sociales. El estudio e, incluso, la percepción de estas identidades se vuelve más complejo y difícil por el hecho de que nosotros las percibimos, pensamos y hablamos de ellas en una lengua tomada de otra sociedad, que tiene diferentes sistemas de identidad grupal (3).

(2) Vid. “El Mediterráneo, un mar olvidado”, en “El Mediterráneo y Oriente Medio. Reflexiones en torno a dos escenarios prioritarios de la Política Exterior Española (1989-1995)”. Madrid, 1996; páginas 46 y 48).

(3) LEWIS, Bernard: “*Las identidades múltiples de Oriente Medio*”. Madrid, 2000; página 7.

Búsqueda del conocimiento, pues, guiada por la modestia y por la prudencia en la aproximación. Rehuyendo siempre el riesgo derivado del abuso de la sinonimia, siempre paternalista, que fatalmente provoca la caída en paralelismos erróneos, pues no obedecen a coincidencias históricas, económicas o del tipo que sean. Con este bagaje intelectual, arranca el núcleo medular de mi reflexión.

VARIACIONES SOBRE EL MEDITERRÁNEO ÁRABE

Antes de armar el rompecabezas, el libro de instrucciones recomienda estudiar pacientemente cada una de las piezas que lo componen. Así, en toda indagación intelectual, es requisito ineludible ordenar nuestros conocimientos, someterlos a una severa crítica y, en la medida de lo posible, incrementarlos mediante las necesarias operaciones de contraste y de valoración. En consecuencia, pese a nuestra elección previa, Magreb y Mackresh, intentaré revisar y repensar cuáles son las identidades comunitarias, antes de pasar al examen de las diferencias identitarias. Y, para todo intento de entendimiento, nada más recomendable, como aconsejaban nuestros viejos y olvidados existencialistas, que meterse dentro de la piel del otro; el entendimiento que se pretende desde nuestra propia personalidad, desde nuestra herencia cultural, aparte no conducir a ningún lugar, no es más que otra forma de colonialismo; mucho más sutil que el clásico y tradicional ya que es intelectual y que, parafraseando a Edward Saíd, desemboca ineluctablemente en la formación de visiones exóticas y pintorescas, en la fabricación de nuevos *orientalismos*.

¿Cuáles son las coordenadas que, hoy día, rigen en el Mediterráneo Árabe y que, sin caer en premoniciones fuera de lugar, gobernarán su futuro? Comenzaré por las materiales o, más exactamente, las cuantificables. En primer lugar, la geografía. En la última década del siglo, ahora finalizado, la geopolítica ha recuperado su viejo lugar de privilegio en los gabinetes de estudio, en las Academias Militares y en las Academias Diplomáticas. Se venía de la Guerra Fría, de la congelación ideológica y militarizada que trazó grandes espacios separados por la divisoria entonces única: Comunismo y Capitalismo. Pero, Ratzel ha vuelto a la primera fila en los anaqueles de todas las bibliotecas. El Mediterráneo ya puede ser una zona de encuentro y de cooperación o, por el contrario, continuar siendo un mar de tensiones, desencuentros y conflictos armados. Todo parece apuntar que, al menos en su centro más relevante, discurre y dis-

currirá por caminos de estabilidad; aunque Argelia todavía no haya superado el azote del fundamentalismo radical. Libia, país sin cristalizar, desempeña un triste papel de liderazgo panarabista sin seguidores: todo está en manos del poder autocrático. En Oriente Medio, pese a las dificultades, que en el día a día parecen insuperables, la apuesta también es favorable a la estabilidad. En este sentido se dirigen, por ejemplo, las pausadas y pacíficas previsiones sucesorias que han tenido lugar en Jordania y en Siria, Monarquías y Repúblicas hereditarias. A este respecto, el caso egipcio es ejemplar; baste recordar de qué forma superó la desaparición del carismático Nasser y el magnicidio, a manos de los Hermanos Musulmanes, de Anwar El Sadat.

En Oriente Medio, todo pende del proceso de paz, nunca concluido y permanentemente interrumpido, entre Israel y el pueblo palestino. Evidentemente, un nuevo conflicto en Oriente Medio, no alteraría la paz en el Magreb, pero sería una grave amenaza para su estabilidad; como en otras ocasiones, la unión de lo musulmanes contra el Estado de Israel unificaría y vigorizaría a los fundamentalismos radicales en el Magreb y supondría un riesgo cierto para los regímenes políticos establecidos. Una nueva guerra en Oriente Medio, la enésima, es el peor escenario mediterráneo para España y para la Unión Europea. Los pueblos árabes, aunque a regañadientes, ya admiten el derecho a la existencia del Estado de Israel. Falta que, pensando en la geopolítica, los israelíes admitan en su conciencia colectiva que son un pueblo de Oriente Medio y no una sublimación de los sentimientos colectivos de la diáspora.

En segundo lugar, siguiendo con los datos cuantificables, llega el turno a la demografía. Mientras Europa envejece, se esteriliza y pierde capacidad y fuerza de trabajo, el Mundo Árabe, tanto el Magreb como el Mac-kresh, vive una imparable explosión demográfica. Sin tener que recurrir al ejemplo trágico de la Banda de Gaza, el rincón de mayor densidad demográfica mundial, baste recordar que el 50 por ciento de la población del Mediterráneo Árabe cuenta menos de 20 años. A este respecto, lo más expresivo es, como se decía hace tiempo, la demagogia de los hechos, acudir a las cifras:

La población árabe total se estima en 220 millones (lo que corresponde a algo menos de un 5 por ciento de la población mundial) repartidos sobre una superficie de más de 14 millones de kilómetros cuadrados. Esta población tiene una tasa de crecimiento elevada, superior, en general, a un 2,5 por ciento anual; mientras esa tasa es tan sólo un 0,8 por ciento en los países industrializados (...). Las pre-

visiones demográficas para el año 2000 indican que la población total árabe alcanzará cerca de 290 millones (4).

Es pertinente destacar que, en la actualidad, el porcentaje de población activa árabe en el Mediterráneo excede ya los 85 millones de personas. Este vertiginoso proceso de crecimiento poblacional, este gigantesco capital humano, desempeña por desgracia una función eminentemente perturbadora en el área mediterránea. Ya, antes de salir de sus fronteras nacionales, este ejército humano, abocado al paro o a la explotación de la economía sumergida, cuando no a tareas más degradantes, es el terreno mejor abonado para el arraigo y el crecimiento de las prédicas fundamentalistas. Todos los Gobiernos árabo-mediterráneos, incluso aquéllos que pueden presumir legítimamente de estables, pueden ver seriamente amenazada su continuidad por la acción desesperada de las masas de desheredados. Puertas afuera, el Mediterráneo se presenta para los jóvenes árabes, y para los no tan jóvenes, especialmente para los magrebíes de todas las edades y de ambos sexos, como el espacio de tránsito hacia los territorios de los Estados miembros de la Unión Europea. Países que, por otra parte, se mueven entre la contradicción de controlar rigurosamente los flujos migratorios y, en sentido contrario, la necesidad de utilizarlos como mano de obra preferentemente barata, por debajo del precio del mercado laboral. El conjunto, es superfluo añadirlo, coronado por una absoluta falta de solidaridad. Ciertamente que los movimientos migratorios son tan antiguos como el mismo género humano; pero ahora hay un dato nuevo: la vocación de permanencia de los emigrantes en el país de acogida.

La Comisión Europea ha abierto recientemente, en noviembre del año 2000, un amplio debate sobre las necesidades de los Estados miembros de trabajadores extranjeros y, sobre todo, la necesidad de su regularización con la adopción de una legislación común que, entre otras cosas, hará más factible la lucha contra las redes criminales que explotan a seres humanos que buscan mejores condiciones de vida. Según este informe, la Unión Europea necesitará, de aquí al año 2050, 16.300.00 inmigrantes para mantener la misma población que la que había en el Viejo Continente en 1998; cifras que son mucho más altas según las evaluaciones de la Organización de las Naciones Unidas. Las palabras de la Comisión Europea son tan expresivas que no necesitan exégesis alguna:

(4) KHADER, Bichara: *"El Mundo Árabe ante el año 2000"*, en *"El Mediterráneo y el Mundo Árabe ante el Nuevo Orden Mundial"*. Valencia, 1994; página 60.

Aunque la inmigración no será en sí misma una solución a los problemas del mercado laboral, los inmigrantes pueden suponer una aportación positiva a ese mercado laboral, al crecimiento económico y al mantenimiento de los sistemas de protección social.

En tercer lugar, es necesario conocer la situación económica del Mediterráneo Árabe, en sus dos localizaciones geográficas. En la fase actual de globalización económica, por utilizar una denominación a la moda y cuya dimensión científica y su utilización ideológica estoy muy lejos de compartir, parece fuera de lugar afirmar una evidencia: en la actualidad, los capitales excedentes del mundo industrializado buscan su acomodo, o sea, su mayor y más rápida rentabilidad, en los escenarios asiáticos y, después, en los latinoamericanos. El Mundo Árabe se encuentra, pues, fuera de la órbita prioritaria del interés económico de los países industrializados. Aseveración que debe entenderse en términos generales, ya que, a su vez, el Mundo Árabe se encuentra fragmentado en el plano económico; desde aquellos países que malviven de una agricultura atrasada y pauperizada a los otros que se mueven en el privilegiado club de los petroleros y gasísticos o a aquellos otros que cuentan con un litoral con importantes reservas vivas y minerales. Pero, en lo fundamental, son economías —aparte las excepciones energéticas— agrarias, tributarias, en su producción, comercialización y venta, de la demanda de los consumidores del Norte, sobre todo europeos. En consecuencia, son economías dependientes, con estructuras propias escasamente desarrolladas.

Es difícil adivinar su futuro, dentro de la economía globalizada; no obstante, una visión pesimista, realista, inclina a pensar que la economía de los países poco o nada desarrollados, lejos de entrar en una relación interdependiente con los desarrollados y consumidores, ocuparán posiciones cada vez más dependientes. Un dato sumamente revelador es la creciente dependencia en materia alimentaria del Sur con respecto al Norte. Situación que es mucho más grave en lo concerniente a la subordinación científica y técnica, no sólo en lo que atañe a la alta tecnología sino también en todo lo relacionado con los medios de comunicación, desde la telefonía móvil hasta internet. Verdad que, en el Mundo Árabe, sus poblaciones son como esponjas que absorben todas las innovaciones tecnológicas con sorprendente rapidez; el problema reside en cómo se incorporan estas novedades en estructuras sociales poco desarrolladas y menos integradas. El balance menos inquietante apunta a todo un raudal de distorsiones, al producirse encuentros en fases históricas completamente diacrónicas. Balance, por lo demás, apresurado e incompleto, puesto que

habría que sumar los efectos permanentemente perniciosos y onerosos del peso agobiante de la Deuda Externa, que es otro factor más propiciador de la dependencia.

En este somerísimo y reduccionista paisaje, no puede olvidarse, en cuarto lugar, algo que es muypreciado para el Mediterráneo Árabe: la seguridad. Que, obviamente, poco tiene que ver, es otra la perspectiva y muy otras las percepciones, con el concepto de seguridad de los países europeos; aunque sí existe un punto común que no es mero nominalismo: seguridad es sinónimo de estabilidad; en esta visión coinciden las dos riberas mediterráneas. La diferencia radical estriba en que, para los países árabes, los atentados a su seguridad han venido históricamente del Norte; y ello desde los tiempos lejanos de las Cruzadas, reforzados por el colonialismo de los siglos XIX y buena parte del XX. En el imaginario colectivo de los pueblos árabes, los ataques a su seguridad siempre han procedido del Occidente y de la Cristiandad. Hoy en día, los proyectos europeos de seguridad en el Mediterráneo han cambiado su orientación; actualmente, el término seguridad está vacío de contenido si no va emparejado con el de cooperación. Este y no otro es el binomio y la alternativa a la conflictividad.

Pero, siguiendo la metodología propuesta desde el principio de estas páginas, veamos más de cerca el concepto de seguridad que tienen los países árabes. Desde 1948, año del nacimiento del Estado de Israel, Oriente Medio ha vivido en un estado de guerra permanente, interrumpido por algunas treguas. Israel se percibe como la avanzadilla de Occidente, como su punta de lanza, en el corazón del Mundo Árabe. Y no se trata de juegos de valor; sencillamente, es la visión árabe. Así, por mencionar otro ejemplo, la acción militar sobre el Canal de Suez, en 1956, fue el resultado de una alianza anglo-franco-israelí. Y, así, hasta nuestros días. A este conjunto, al medir el grado de conflictividad, hay que sumar la guerras intra-árabes y también las intra-islámicas. En otras palabras: en el Mediterráneo Árabe la normalidad son los conflictos armados.

Por lo demás, esta visión se completa o, si se prefiere, se hace más compleja, cuando se tiene bien presente que la seguridad de los países árabes comienza por el mantenimiento de su propia estabilidad interna. Que no sólo está amenazada por las acechanzas externas y foráneas; sino que también está en serio peligro por sus procesos internos que se frac-turan en torno a ese gran debate que desvertebra al Mundo Árabe: al que oscila entre Tradición y Modernidad.

Pero, antes de abordar esta cuestión, insistiré algo más en la visión, completa, que los árabes y sus Gobiernos tienen de su concepto de seguridad. Que se inicia, bien entendido, por la solución de sus grandes problemas internos: las diferencias producidas por la injusticia y, por la también desigual, distribución de la riqueza; las necesidades económicas y las demandas constantes de una población cada vez más joven; la erradicación de la corrupción como forma habitual de comportamiento político. Todo un larguísimo muestrario que ilustra sobradamente sobre las circunstancias que pueden alterar la estabilidad en el interior de los propios Estados árabes.

En el plano exterior, los planteamientos europeos actuales, son los deseables, aunque no siempre sean los factibles: creación de climas de confianza; programas de desarme que yugulen la competitividad militar y, de paso, liberen los presupuestos nacionales de los exorbitantes gastos de defensa; control de armas de destrucción masiva y, en un futuro, trabajar sobre la utopía de un Mediterráneo libre de armas nucleares. Ciertamente, programas tan ambiciosos no pueden separarse de los problemas políticos. Y, en el conjunto mediterráneo, la política de Israel desempeña una función primordial. En tanto no finalice el proceso de paz en la zona, que incluye la creación del Estado de Palestina, la paz y, por ende, la seguridad serán imposibles. Llegada esa hora, sería la ocasión para que Israel y otros Estados árabes firmasen el Tratado de No Proliferación de Armas Nucleares. En ese momento, la seguridad estaría garantizada; entre otras cosas porque Israel ya habría aceptado que es un país de y en Oriente Medio.

La problemática socio-económica, conducen insensiblemente al debate entre Tradición y Modernidad y, muy especialmente, a cómo puede entenderse, desde allí y desde aquí, desde las dos orillas del Mediterráneo, la idea tan cara de la estabilidad sin que sea un obstáculo al desarrollo y al progreso. El riesgo reside en identificar estabilidad con continuismo. Esta es, posiblemente, una de las cuestiones que exige mayor cuidado en su entendimiento y, sobre todo, en su aplicación. No gratuitamente el número 106 de estos *Cuadernos de Estrategia* luce en su portada el título *Magreb: percepción española de la estabilidad en el Mediterráneo, prospectiva hacia el 2010* (Madrid, 2000), y cuya lectura tengo muy presente. En la orientación marcada en sus páginas, estabilidad entendida como permanencia va en contra de todos los procesos de modernización. En el Mundo Árabe o, al menos, en sus estructuras políticas, el cambio hacia delante suscita un sin fin de temores y de recelos en las clases

dominantes y los grupos gobernantes. Lo cual no significa, ni mucho menos, que sean colectivos ajenos a los impulsos revolucionarios profundos que, a la postre, puedan desembocar en salidas harto contradictorias. Todo ello, coronado por un sentido y por una utilización del tiempo, muy distintos de las concepciones temporales europeas y de las culturas occidentales; y que, además, en el Mundo Árabe, tienen un contenido profundamente cultural.

El binomio Tradición-Modernidad lleva de la mano al fenómeno que siempre ha existido en el Mundo Árabe: las relaciones del mundo de la política con el mundo de lo sagrado, de la religión, o a la fusión entre ambos. Más concretamente, al dominio del Islam; y no, como puso en boga el seudo pensamiento de S. P. Huntington, al llamado resurgir del Islam que, visto con mentalidad de cruzado, lleva indefectible y fatalmente al *choque de civilizaciones*.

Lo que sí es muy cierto, al margen de ser una cuestión omnipresente en el Mundo Árabe, es que tras el triunfo de la revolución jomeinista en Irán, país islámico no árabe, el debate se ha reavivado más todavía si cabe; muy especialmente, al ir acompañada, como ocurre en todo movimiento revolucionario vencedor, de una clara proyección proselitista y por una manifiesta vocación hegemónica: Planteamiento radicalizado por la pretensión no disimulada de alcanzar un estatus de Gran Potencia regional en una zona geográfica tan neurálgica para los intereses mundiales.

El Islam, recuérdese, en una visión simplista, es el retorno a la pureza de los orígenes. Algo así como un camino de retorno a los tiempos primigenios, después de haber recorrido todo un catálogo completo de experiencias políticas y de sistemas de gobierno fracasado, ya por causas endógenas o por factores exógenos. Fallidas las experiencias parlamentarias, las monarquías de distinto signo (salvo las feudalistas del Golfo, la hachemita y la alauí), los fenómenos de liderazgo personalista laicizante, los intentos de adaptar el socialismo a las características árabes, se vuelve al principio: el respeto absoluto a la ley coránica y al gobierno de los clérigos, de los hombres de religión, erigidos en dirigentes y en celadores de la pureza del sistema.

Esta tendencia, intelectual, política y religiosa, recorre y enriquece todo el pensamiento político árabe a lo largo de los siglos XIX y XX; espacio temporal que es, precisamente, cuando se plantea de forma más acuciante el reto de la modernización. Desde esta perspectiva se contemplan todos problemas básicos de las sociedades árabes: la lucha de liberación

nacional; la recuperación de la identidad; el problema del poder; la unidad árabe y un larguísimo etcétera. El pensador egipcio Anouar Abdel Malek, muestra todo este ideario en su antología, ya clásica, *“La Pensée politique Árabe contemporaine”* (París, 1970), y, en España, se dispone de la obra imprescindible de Miguel Cruz Hernández, *“Historia del pensamiento en el mundo islámico”*, (tres volúmenes, Madrid, 1996). El interesado puede completar su información con el estudio de Carmen Ruiz Bravo, *“La controversia ideológica. Nacionalismo árabe/nacionalismos locales”* (Madrid, 1974). Con estos títulos se pueden cubrir suficientemente las deficiencias provocadas por el desconocimiento de la lengua árabe. La última obra ilustra muy inteligentemente sobre la profundidad que en el Mundo Árabe alcanzó la controversia, aún no superada, sobre la idea de nación y su plasmación en un Estado.

Mohammed Arkoun, para volver a los autores árabes, que son mi guía principal, ha situado correctamente el punto de inflexión del Islam en nuestros días. La cita es larga, pero merece la pena su reproducción íntegra:

El dato histórico masivo, irrefutable, hoy en día cargado de consecuencias, es que el pensamiento islámico, en sus versiones chiíes, sunníes e ibadíes, ha conocido, entre los siglos XIX y XX, una doble ruptura: una ruptura con su propio pasado, la época clásica del siglo VII al XIV; y una ruptura con la modernidad elaborada exclusivamente en el espacio europeo entre los siglos XIX y XX precisamente. Esa doble ruptura ha engendrado un enorme “impensado” —problemas jamás planteados, es decir mantenidos en el “impensable”— en todo el pensamiento islámico tal como se expresa hoy en día (5).

Lo *impensado* es lo jamás planteado, ni siquiera idealmente; lo *pensable* es no sólo lo posible, es también lo permitido. Aplicados estos principios al universo de lo político, sus consecuencias son fácilmente imaginables y se ponen sobre el tapete de la acción árabe, de forma imparabile, en particular desde el final de la Segunda Guerra Mundial y, en algunos países árabes, a partir del período de entreguerras. Concretamente, cuando el inicio de la descolonización parece presagiar que el Mundo Árabe puede recobrar su identidad. Escribe Mohammed Arkoun que es, en este largo momento histórico, cuando reaparece con gran fuerza el fun-

(5) ARKOUN, Mohammed: *“Islam y Modernidad”*; en M. A. Roque, Edit., *“Identidades y conflicto de valores”*. Barcelona, 1997; página 312.

damentalismo que se propone como visión total que abarca tanto a los proyectos de construcción nacional como las afirmaciones identitarias. Desde esta óptica fundamentalista, la Modernidad, como ocurre en cualquier fenómeno religioso, es contemplada como un movimiento que atenta contra “el monopolio de las religiones tradicionales” y, evidentemente, se descalifica no sólo la modernidad política, sino también “la económica, la tecnológica, la jurídica, la cultural” (6).

Ahora bien, en sus raíces, el Islam no puede identificarse mecánicamente, y bajo el impacto del jomeinismo y de sus versiones sacralizadas, con todo el fundamentalismo o, aún peor e interesadamente, con los integristas, transgresión que se comete demasiado frecuentemente:

Lo político en el Islam no es ni una concepción del poder, ni el poder en sí mismo, ni la búsqueda de un principio de organización de la sociedad como cuerpo político, sino sólo la nostalgia de la época primitiva sumada a la capacidad de movilización defensiva (7).

La cita de Hichem Djaït resulta certera, aunque quizá parezca, a la vista de las historias más recientes, un tanto optimista. Ya que, actualmente, el Islam actúa en una doble dirección. En la primera se comporta como denunciante, como conciencia crítica, de una incipiente y particular sociedad civil y como punta de lanza contra gobernantes corruptos y violadores de la ley coránica; como le ocurriera a Anouar El Sadat, muerto a manos de fundamentalistas, no por haber pactado la paz con Israel sino como transgresor del ordenamiento islámico; como se encarga de señalar eficazmente Gilles Kepel, en su obra “*Faraón y el Profeta*” (Barcelona, 1988). A este respecto, es pertinente aclarar que la misión política del Islam no es, como a veces se afirma en Occidente, una repuesta ideológica de las últimas décadas; como apunté más arriba, arranca de atrás en el tiempo; ya en los años veinte del siglo XX, fue objeto de atención dinámica por parte de los intelectuales árabes; basta con recordar el nombre y la obra de Hassan El Banna y el nacimiento, en Egipto, en el año 1928, de la Asociación o Cofradía de los Hermanos Musulmanes. En este sentido, pues, el Islam es un importantísimo revulsivo social con aspiraciones revolucionarias.

En la segunda dirección, el Islam actúa como un factor aglutinante que ofrece cohesión social y que aporta una muy valiosa señal de identidad.

(6) ARKOUN, Mohammed: Op. cit.; ibid.

(7) DJAIT, Hichem: “*Europa y el Islam*”. Madrid, 1990; página 169.

Esta función es la que aporta el Islam cuando los clérigos ya han ocupado el poder. Pues bien, asalto del poder y mantenimiento de la agitación social, algo análogo a una “revolución permanente”, que se aprecia con absoluta nitidez en la República Islámica de Irán (8).

En suma que, aparte valoraciones políticas importantes, incidencias sobre colectivos humanos y otras consideraciones más circunstanciales y oportunistas, el Islam desempeña una función eminentemente movilizadora, unas veces revolucionaria y otras conservadora, en las sociedades musulmanas. Desde Occidente, sin embargo, aún se mantienen estereotipos que disfrazan o falsean la realidad árabe y musulmana, basándose en supuestas teorías conspirativas que, por añadidura, encuentran eco idealizado en el Mediterráneo Árabe; como bien subrayan Pipes, Daniel, “*El Islam de ayer a hoy*”, (Madrid, 1983) y, mucho más matizadamente, Bassan, Tibi, “*La conspiración. El trauma de la política árabe*”, (Barcelona, 1966). Como bien apuntan estos autores, dichas aproximaciones enlazan perfectamente con una línea de análisis tradicional, bien avanzada desde los tiempos de las Cruzadas: el miedo al Islam; amenaza reforzada por la explosión demográfica y por el asalto de las masas migratorias (9).

Como es bien sabido, en las relaciones internacionales el juego de las percepciones mutuas, sean reales o fabricadas sobre imaginarios colectivos históricos, son fatalmente determinantes; máxime, cuando lo que está en juego, como ahora, es la distribución del poder a escala mundial y, en particular, la asignación y el reconocimiento de nuevas influencias y las alternancias en los protagonismos regionales; algo que, casi de forma permanente, está siempre presente en el Mediterráneo Árabe e, incluso, más allá, con la emergencia pujante de la República Islámica de Irán, cuya presencia activa, bien directamente o bien por agentes intermedios, grupos de combatientes islámicos, es cada día más fuerte y también perturbadora, desestabilizadora, en los países árabes de Oriente Medio hasta llegar a tierras argelinas.

En la reflexión apresurada de estas páginas, llega finalmente el turno a una cuestión capital. Expuestos los factores, los permanentes y los cambiantes, los hechos diferenciales y las memorias históricas, sobre todo este tejido social que es la política, hay que dibujar la figura del Estado.

(8) Vid. KHOSROKHAVAR, Farhad: “*Irán: de la revolución al islamismo hizbulah*”, en Gilles Kepel, “*Las políticas de Dios*”. Madrid, 1995; páginas 73-99.

(9) Vid. ESPÓSITO, John L.: “*El desafío islámico*”. Madrid, 1996.

Previamente, hay que despojarse de las anteojeras etnocéntricas y olvidar el Estado-Nación que se edificase en Europa a lo largo de la Edad Moderna, sobre todo durante el siglo XIX, y que procede de circunstancias históricas, sociales y económicas genuinas. El Estado es un sistema de organización del poder radicalmente distinto en el Mundo Árabe; con las salvedades del Egipto pre-islámico y del Imperio Otomano que supo adaptarse al medio tras un rápido período de islamización. Razón por la que estos dos países son los únicos conjuntos con sentido estatal de toda la región geográfica.

Los pueblos árabes, por causas coloniales y neo-coloniales, crean estructuras supra-estatales para integrarse en el entorno que les rodea durante el siglo XX y, en particular, después de la Segunda Guerra Mundial. En el Mundo árabe-musulmán, otra importante excepción, en las lindes del Imperio Otomano fue el Reino de Marruecos, aunque ello tampoco le valiera para salvarse del sometimiento colonial, siquiera fuese bajo la forma de Protectorado. En el Mediterráneo Árabe no existía una estructura social, ni una conciencia histórica, ni una idea de nación singular que elaborara un diseño estatal propio:

Como consecuencia de las dos guerra mundiales y de la extensión y consecutiva retirada del poder imperial europeo, se establecieron toda una serie de Estados nuevos con fronteras e incluso con identidades en gran medida diseñadas por la Administración colonial y la diplomacia imperial (10).

Pero, en términos cronológicos, en el Mundo Árabe Musulmán se había desarrollado anteriormente su propia concepción de Nación, distinta de la europea y también de sus nacionalismos, que tenía un contenido cultural, ampliado al hecho religioso, que identificaba en uno sólo a los pueblos que reunían estas características. En palabras de C. Ruiz Bravo:

Un sentimiento de solidaridad y conciencia de grupo ante los demás (...) Como sentimiento, sería aquel nacionalismo, lo mismo que el de hoy, una suma de afinidades y rencores acumulados a lo largo de siglos y transmitidos de una generación a otra a través de las leyendas, los mitos, los refranes y tanto otros medios que actúan sobre la sociedad, a la vez que la expresan (11).

(10) LEWIS, Bernard: Op. cit., página 99.

(11) RUIZ BRAVO, C.: Op. cit., página 7.

La idea de Nación Árabe, que es de lo que se trata, tiene una genealogía que figura más en el imaginario colectivo de estos pueblos que en una realidad jamás lograda: es la utopía siempre perseguida, pero que ha jugado un importante papel unificador. Este ideal no está construido en el vacío; se basa en unos datos comunes, pertenecientes al pasado, y que hablan de otra época. Maurice Flory, hablando del rechazo a la colonización y al régimen de protectorados, hace homogénea la reacción contraria a la presencia extranjera, culturalmente extraña:

En el conjunto del mundo árabe, la reacción fue sensiblemente la misma: Se basaba sobre la conciencia de pertenecer a una sola nación, de hablar la misma lengua, de haber conocido las mismas etapas de grandeza y de decadencia y de haber bebido en la misma fuente islámica durante trece siglos (...). No es inútil recordar las tradiciones políticas del "Dar el Islam" que son las de un mundo solidario, de una casa única que alberga al conjunto de los creyentes. Aunque repartidos entre Estados, los árabes tiene profundamente arraigado el sentimiento de pertenecer a una misma nación, una nación que es la de los árabes, y que ellos mismos se engloban en una comunidad más amplia que es la de los musulmanes (12).

Estos dos conceptos, Nación Árabe y Comunidad Islámica, son, por ejemplo, los pilares sobre los que Gamal Abdel Naser, fundamentó su obra magna: "Filosofía de la Revolución", que conmocionó a musulmanes y árabes e hizo del dirigente egipcio el último líder del panarabismo y el caudillo reconocido en todo el Mundo Árabe.

Pero, colonialismo y sometimientos de otra índole, hicieron que esta concepción fracasase antes de llevarse a la práctica; presencia extranjera a la que no fueron ajenas ciertas corrientes cosmopolitas propias. El resto de la historia es sabido: triunfaron las estructuras estatales, en muchos casos asentadas sobre el hecho colonial, sobre todo en lo que respecta a las fronteras, y se impusieron los nacionalismos locales. Lo cierto es que el Mundo árabe se adaptó, bien y rápidamente, a los nuevos modelos de organización. Y es que ésta es una de las potencialidades del Mundo Árabe: la forma en que se acomoda a la necesidad. Sucedió así, por ejemplo, con la recepción del ideario de la Revolución Francesa, tras la inva-

(12) FLORY, Maurice: "Les régimes politiques arabes". París 1990; la primera edición se titulaba "Les régimes politiques des pays arabes"; cito por la última edición, páginas 79 y 98; traducción R.M.

sión napoleónica en el Egipto del Siglo XIX y entre sus grupos intelectuales. Era ya el debate entre Tradición y Modernidad. Sobre este particular, resulta apasionante el examen de la simbiosis y de la coexistencia entre el refinado mundo del ordenamiento islámico y el derecho occidental. El derecho anglosajón y los códigos civiles, penales y mercantiles, francés, italiano y suizo, entre otros, están muy presentes en el ordenamiento jurídico de los países árabes, desde Túnez y Marruecos hasta Siria y El Líbano; por no hablar, por tratarse de un Estado laico, del caso de Turquía; aunque también es cierto que, durante el siglo XIX, el Imperio Otomano se inspira en el modelo de la Dieta de Prusia. En ningún caso, sin embargo, se trata de una colonización legislativa, sino de una oportuna utilización de fuentes foráneas, siempre sometidas al imperio de la sharia y del derecho islámico (13).

De esta síntesis jurídico-política proceden toda una serie de sistemas políticos que, en la práctica, han recorrido todas las experiencias conocidas y posibles, como señalé más arriba. Ahora bien, en todas ellas hay un rasgo común: todo un catálogo de lealtades, personales, dinásticas, ideológicas, pretorianas, etc. Maurice Flory, ya citado, escribe con unas palabras que deben ser apreciadas:

Si efectivamente, hay dificultades para un buen número de Estados mal formados, sin nación homogénea y sin tradición política, no ocurre lo mismo con el Mundo Árabe que precisamente constituye una "nación" y que cuenta con un brillante pasado político. Los países árabes constituyen una familia política particular, en la que los puntos de convergencia se imponen netamente sobre las diferencias (14).

Todo lo anterior, explica algo que no ha ocurrido en absoluto en el resto de los otros Estados, de áreas geográficas y culturales distintas, salidos de la descolonización. Los regímenes políticos del Mundo Árabe, por encima de alteraciones circunstanciales, se caracterizan por su permanencia y por su estabilidad; incluso aquejados por males traumáticos, la continuidad en el poder parece bien garantizada; ya se trate de Monarquías absolutas y parlamentarias o de Repúblicas también parlamentarias, presidencialistas o autoritarias. El engrasado funcionamiento de las previsiones sucesorias en Marruecos, Jordania y Siria, recientemente, avalan

(13) COULSON, Noel J.: "Historia del Derecho islámico". Barcelona, 1998.

(14) FLORY, M.: Op. cit.; página 19, traducción R.M.

esta hipótesis, Por este mismo camino parece transitar Mubarak, en un Egipto que ha mostrado su resistencia a las peores circunstancias imaginables.

Pues bien, este cuidado por el continuismo, ya evocado al hablar de la seguridad, hay que insertarlo en el debate entre Tradición y Modernidad. Y ponerlo en relación directa con los procesos, pacíficos o no, de transición a la democracia. También aquí se impone un cuidado exquisito en el lenguaje, que jamás es inocente, y evitar la tentación de trasladar miméticamente el vocabulario europeo a estos supuestos. Pese a todo, y a cubierto de tales riesgos, lo más útil para la comprensión de un problema es analizar lo simple y lo evidente.

El Mundo Árabe ve en la democracia, sin más atributo ni exégesis, una nueva penetración ideológica occidental. A veces no sin razón, ya que, con este mensaje, pueden introducirse variantes atentatorias de su identidad cultural y de su independencia. Una visión reduccionista, en este sentido, conduciría a pensar que en el Mundo Árabe los defensores de la Tradición son los autoritarios y los impulsores de la Modernidad, los demócratas. Las cosas, por desgracia, no son tan sencillas y sería superfluo enumerar los nombres de los políticos modernizadores que han alumbrado regímenes políticos dictatoriales o, en el mejor de los casos, supuestos de despotismos más o menos ilustrados.

Situación que puede generar una postura paralizadora; o, escrito de otra manera, la democracia como un instrumento de Occidente que provocaría inestabilidad en el Mundo Árabe. Lo que Fatima Mernissi ha llamado, con gran fuerza expresiva, el miedo a la modernidad que, además, descompone así: miedo a la democracia, miedo a la libertad de prensa, miedo al pasado, miedo al presente y, sobre todo, agregaría yo mismo, pánico ante el futuro (15).

Parece fuera de discusión que todo pueblo es soberano para instrumentar su propia forma de gobierno y que los sistemas democráticos no son monolíticos en cuanto a la manera de organizar sus modos de representación y las formas reguladoras de la participación de los ciudadanos en la vida política; la democracia no se agota en sus modos expresivos occidentales; incluso, Europa muestra una gran variedad y hasta a veces una tolerancia, sospechosa, frente a muy particulares sistemas organiza-

(15) Vid. MERNISSI, Fatima: *"El miedo a la Modernidad. Islam y democracia"*. Madrid, 1992.

tivos que se están dando en Europa Oriental tras la caída del Muro de Berlín. Tolerancia que, por cierto, no se mantiene frente al Mundo Árabe con respecto a este problema, donde, evidentemente, también tiene amplio juego el mecanismo de intereses no políticos y de otro universo regido por la regla del oportunismo.

Hoy día, la oposición no es tanto entre Tradición y Modernidad, como entre violación y respeto de los derechos humanos fundamentales. En este punto, en mi opinión, no es válido ningún tipo de invocación de especificidades culturales, sean cuales sean, como justificantes de los atentados contra la dignidad y la integridad del ser humano, ni por su sexo, edad, credo o su vida misma. No puede ocultarse que este planteamiento, doctrinalmente irreprochable, puede ser manipulado y de hecho lo es. Ocurre algo similar a lo sucedido durante los años terribles de la Guerra Fría y cómo comunistas y capitalistas se tiraban a la cabeza, recíprocamente, los derechos humanos calificados de materiales y los llamados derechos humanos formales.

Desde una óptica universalista, es decir humanista, la única válida, el hecho cierto y cotidiano es que en los países árabes, como en otros escenarios, culturales y políticos, se infringen los derechos humanos. La manipulación, más arriba aludida, se produce cuando desde Occidente se llama a la Cruzada redentora contra los gobiernos árabes culpables de tales infracciones y éstos, a su vez, claman contra la aplicación de la doble moral, del doble rasero y del doble estándar. Supuesto en el que, en ocasiones, es más que legítima la defensa del principio de no intervención en asuntos internos. La historia demuestra, hasta la saciedad, que el intervencionismo, sea cual sea la causa exhibida, es un instrumento en manos de los poderosos para acrecentar su hegemonía y para someter a los rebeldes.

Pero, así mismo, es manipulación la cometida por aquellos regímenes políticos que se escudan en la especificidad cultural para justificar sus desmanes. Se enarbola el hecho diferencial como un paraguas protector y defensor de la sacrosanta soberanía estatal ante las conjuras externas que tratan de socavar la independencia. El respeto de la dignidad del ser humano no es un objeto de consumo destinado para goce exclusivo de los occidentales. La tortura, las amputaciones de miembros y las mutilaciones de órganos sexuales, la humillación y la explotación de la mujer, el trabajo y la prostitución infantiles, la discriminación de minorías, no encuentran justificación en ningún hecho cultural, ni tampoco en ningún libro sagrado.

Esta perspectiva no equivale a dejar el tema aparcado en un callejón sin salida; es, simplemente, plantear el problema en sus términos correctos: corresponde a los pueblos sojuzgados luchar por su dignidad y conquistarla; a los demás, gobiernos y pueblos, toca ayudarles con todos los medios, prestarles todo su apoyo y, en la medida de lo posible, erosionar el poder de los sistemas autoritarios. Medidas con las que hay que ser extremadamente cuidadoso; pues, frecuentemente, ocurre que la comunidad internacional organizada aplica sanciones a sistemas políticos dictatoriales y, tales sanciones, afectan más a las poblaciones que a los gobiernos autoritarios e, incluso, sirven a estos para invocar la santa unidad de todos contra el enemigo exterior.

Con respecto al Mundo Árabe, el sector poblacional tradicionalmente más afectado por la falta de libertades y por la abundancia de las discriminaciones es el femenino; con lo cual, por cierto, tampoco se diferencian mucho de las otras grandes religiones monoteistas. No es ya sólo, con ser muy importante, por la incorporación de la mujer al mundo laboral y por su creciente protagonismo social intelectual y político, como ocurre desde Marruecos hasta los territorios administrados por la Autoridad Nacional Palestina, es también la enorme diferencia de situación de la mujer de unos países árabes a otros países árabes, como sucede entre los citados y lo que ocurre en Arabia Saudí y en la mayoría de los Emiratos del Golfo. Es indiscutible que la lucha por los derechos humanos en el Mundo Árabe pasa por el respeto hacia la mujer y por su plena incorporación a sus respectivas sociedades en el mismo plano que los hombres. Pero es que, además, ahora estamos en presencia de un hecho nuevo: el contacto físico con otras culturas como resultado de las corrientes migratorias. La emigración actual ya no es exclusivamente masculina, también la mujer emigra; y, por añadidura, también tiene vocación de permanencia. ¿Qué ocurre cuando el varón emigrante en Europa, árabe y musulmán, trata de aplicar a sus mujeres, hijas y esposas, el mismo trato discriminatorio que en sus países de origen? Los conflictos jurídicos son ya algo habitual ante los tribunales nacionales europeos, suscitados, precisamente, por mujeres árabes (16).

En última instancia, ya que estos supuestos de hecho son irrefutables, queda la interrogante definitiva: ¿Son incompatibles los derechos humanos fundamentales con el Mundo Árabe? Una primera aproximación,

(16) Vid., entre otros, la obra de Quiñones Escamez, Anna: *"Derecho e inmigración: el repudio islámico en Europa"*. Barcelona, 2000.

exige abordar y aclarar de qué forma, en el complejo árabo-musulmán se subsume y hasta se realiza el individuo en el colectivo, en una concepción comunitarista totalizadora. Asumido este relevante dato histórico-cultural y socio-político es cuando cobra toda su dimensión entera la interrogante inicial y se comprende la importancia de la umma y de la ley coránica así como del poder que ostentan ambas. Es, en este sentido, en el que hay que emplazar y entender la Declaración Islámica Universal de Derechos Humanos, proclamada en París, en la UNESCO, el día 19 de septiembre de 1981, que intenta, en el plano puramente declarativo, de ahí su inanidad, de incardinar una doctrina y una práctica de alcances universales en el Mundo Árabe, donde no existe una tradición en la materia y donde sólo parece enfatizarse, y no siempre, el tema de los derechos políticos.

Expresadas las reservas anteriores, no parece que haya una incompatibilidad alguna o dificultad insuperable para que el Mundo Árabe acepte y aplique en su integridad la Declaración Universal de los Derechos Humanos del año 1948 y los Pactos Anexos de 1966. Máxime cuando, aunque lentamente y sobre todo en el Magreb, en Marruecos, se observan notables progresos. La opinión generalizada de los estudiosos, árabes y no árabes, es que el camino está ya expedito y que, en su progresión, hay protagonistas de primera fila que reclaman su lugar en sus respectivos países: la emergencia y la consolidación de la sociedad civil en el Mundo Árabe, con la creación de numerosas organizaciones no gubernamentales, y el dinamismo y la emancipación de la mujer y su irrupción en el mercado de trabajo.

Así, pues, Tradición y Modernidad, debate eterno en el Mundo Árabe, toma aún mayor relevancia y se completa con nuevos contenidos. La modernización, en este círculo geográfico y cultural, pasa ineluctablemente por el paradigma de los derechos humanos y por el reconocimiento de todas sus funciones a los sujetos olvidados por la historia y por los regímenes políticos (17).

LA ESPAÑA DEL MEDITERRÁNEO ÁRABE

Posiblemente, tras la lectura de las páginas precedentes, sea más accesible y también, no es una contradicción, más complejo alcanzar una percepción, si no exacta, sí más correcta del Mediterráneo Árabe; des-

(17) Vid. MAILA, Joseph: "*¿Son los derechos humanos impensables en el Mundo Árabe?*", en BORRÁS, A. y MERNISSI, Salima: "*El Islam jurídico y Europa*". Barcelona, 1997; páginas 123-153.

pués, así mismo, de haber realizado una discretísima inmersión en su intrincada y fascinadora historia. En esta aventura quizá las mejores muletas sean las proporcionadas por Lewis, Bernard, *"El Oriente Próximo. Dos mil años de historia"* (Barcelona, 1996), su imprescindible *"El lenguaje político del Islam"* (Madrid, 1990) y por Hourani, Albert, *"Historia de los pueblos árabes"* (Barcelona, 1992). Y, una recomendación especial: por una parte, evitar los tópicos, y, por la otra, estar alerta para no caer en las redes de un universo de gran capacidad atractiva (18). De las enseñanzas que proporcionan todas estas lecturas se puede extraer una visión global y diversa del Mediterráneo Árabe; donde si hay algo cierto es la heterogeneidad que impone un tratamiento diversificado para su inteligibilidad e imprescindible cuando de lo que se trata es de diseñar y articular la acción exterior de España, de nuestra diplomacia.

En esta perspectiva, lo más oportuno es atenerse a la presentación múltiple propuesta por Laura Feliú, consistente en una desarticulación del área geográfica en cuestión en subsistemas regionales; modelo que aplica eficazmente la autora citada al Magreb (19). De acuerdo con el planteamiento y con la metodología, para que pueda hablarse de un subsistema regional hay que atenerse a tres elementos: contigüidad territorial, existencia de rasgos comunes y desarrollo de relaciones de especial intensidad. Si el primer elemento está claro, en el segundo, que es más complejo, entran circunstancias étnicas, culturales, lingüísticas, sociales e históricas comunes. Quizá, aquí, como una variable, debería incluirse, también, a título de factor identitario, el hecho religioso en todas sus variantes islámicas. De una o de otra forma, en las propuestas teóricas subyacen otras características que no apuntan, precisamente, a la cohesión del subsistema. Y, así, debería recordarse la existencia de tensiones generadoras, a veces, de conflictos armados provocados por la existencia de fronteras no aceptadas y heredadas de la implantación colonial; las competiciones por liderazgos regionales; la pertenencia, durante la Guerra Fría, a bloques ideológicos opuestos y la inserción en sistemas de seguridad y defensa enfrentados; la opción por modelos políticos contrapuestos y no equiparables; así como, sobre todo, los intentos de frustrados proyectos unitarios: la República Árabe Unida nasserista (Egipto y Siria), la unión entre Yemen del Norte y Yemen del Sur, etc. Quizá, como

(18) Vid. RODINSON, Maxime: *"La fascinación del Islam"*. Madrid, 1989.

(19) FELIÚ, Laura: *"La situación del Magreb en la escena internacional actual"*; en *"Magreb: percepción española..."*. Op. cit., páginas 19-65.

insinúa Laura Feliú, también sobre estos elementos de discordancia pueda establecerse, junto a los tres elementos favorecedores, la existencia de un subsistema regional. Y, también posiblemente, haya otro dato que sí es un poderoso factor cohesionador: la búsqueda permanente de la seguridad, con base en la estabilidad y en la continuidad, como ya quedó apuntado. Este dato puede ser el que explique, por ejemplo, junto a otros relevantes, el aislamiento y la impopularidad de la República Libia de Gaddafi, entre Túnez y Egipto; ya que el objetivo último de la política exterior del dirigente libio no era, como se proclamaba, la lucha contra el imperialismo; sino, muy especialmente, su expansión hacia el Sur y la conspiración y la subversión contra los gobernantes de los dos países árabes fronterizos.

Ahora bien, a efectos prácticos, la percepción española debe centrarse en los dos grandes subsistemas regionales del Mediterráneo Árabe: el Mackresh y el Magreb. En el Cercano, Próximo o Medio Oriente, aparte afinidades determinadas por los grandes objetivos —prioritariamente, la paz en la zona—, la presencia española no puede resignarse, ni tampoco trascenderse, en la comunitaria, sino centrada en las relaciones bilaterales con cada uno de los países del área. Históricamente, al menos en sus aspectos formales, la posición española, era excelente; postura que, innegablemente, mejoró tras producirse el reconocimiento mutuo y el establecimiento de relaciones diplomáticas con Israel (1986). Todo un conjunto de circunstancias de diverso orden que se culminó diplomáticamente cuando Madrid fue sede de la Conferencia Internacional de Paz para Oriente Medio (1991). Aunque, a renglón seguido, debe añadirse que este importante impulso inicial no fue aprovechado en todas sus posibilidades y España fue perdiendo relevancia, en los años siguientes, en la dinámica del proceso de paz.

En lo que atañe a las relaciones bilaterales de España en el Mediterráneo Oriental, se habla de un país dependiente de los recursos energéticos de los países árabes productores de petróleo, en términos absolutamente negativos para nuestra balanza de pagos. En esta perspectiva, España lógicamente tiende a la diversificación de sus proveedores; razón que explica, aunque no se manifieste explícitamente por otros motivos, el interés de España por el levantamiento de las sanciones y de las restricciones en sus ventas a los dos países que figuraban entre nuestros principales suministradores: Irak y Libia; o la creciente presencia de empresas españolas en la República Islámica de Irán, donde se tropieza con incontables trabas legislativas.

Sin embargo, la anterior información es incompleta si no se subrayase la presencia de importantes empresas españolas, industriales y del sector de servicios, en estos países y que apuntaban, especialmente en Irak y en Libia, a un sesgo nuevo y distinto en nuestras relaciones de tradicional dependencia energética. Del mismo modo que, desde hace algunos años y con altibajos, fue aumentando también la actividad inversionista de capital árabe en diversos sectores de la economía española: industrial, turístico, financiero y bancario. En esta óptica, sin descuidar el trato preferente que ha de otorgarse a Egipto, país clave en Oriente Medio y en el que prácticamente se avanzó, para luego frenarse y descender, en actividades de cooperación y en la concesión de créditos FAD, el objetivo primordial de la diplomacia española debe radicar en reincorporarse en el proceso de paz. España, con excelentes relaciones con Israel y con la Autoridad Nacional Palestina, extraería resultados muy positivos de lograrse una pacificación de la zona. En primer lugar, y con carácter general, desaparecería el primer factor de inestabilidad en la región, redundando en beneficio de la seguridad mediterránea y, por ende, de la propia seguridad española. No sólo por sus aspectos militares más llamativos; la persistencia y el enquistamiento del conflicto y de las tensiones entre Israel, la Autoridad Nacional Palestina y los Estados árabes, es el factor que mejor y más propicia el ascenso de los movimientos fundamentalistas, perseguidores del enfrentamiento abierto con Occidente y que, desde Oriente Medio, podrían afectar a la estabilidad del Magreb, como ya ha ocurrido en el caso de Argelia. En un futuro no inmediato, pero sí previsible en el camino de la paz, está el desarrollo socio-económico entre Israel, el Estado de Palestina y los restantes Estados árabes de la región, a la busca de un desarrollo conjunto y a la creación de un espacio económico único; algo ya previsto en los Protocolos Anexos, tercero y cuarto, de los Acuerdos Interinos de Paz, suscritos en Washington el 13 de septiembre de 1993. Este debería ser el objetivo en el que ya tendría que estar trabajando nuestra política exterior, si quiere ser previsor. Hoy por hoy, la presencia española en la región, aunque sea a título personal y no como representantes institucionales de nuestro país, está reforzada por el prestigio y los buenos oficios de Javier Solana y de Miguel Angel Moratinos.

El modelo de la diplomacia del paso a paso siempre ha demostrado su rentabilidad; en esta diplomacia lenta, pero muy eficaz y no excesivamente costosa, desempeña un papel fundamental la actividad cultural: la presencia, penetración y extensión de las agencias y delegaciones del Instituto Cervantes sería una actuación que contaría, desde ya, con una

espléndida acogida. Recuérdese que, en el pasado, demostró gran eficacia; una política generosa de becas, gracias a la Agencia Española de Cooperación Internacional y de la Dirección General de Relaciones Culturales, debería tender a la formación de cuadros de estos países en las Universidades y en los centros académicos y profesionales españoles. Si algún día se realiza el censo, sorprendería a muchos la cantidad de profesionales palestinos que se formaron y se especializaron en nuestro país. Aspecto en el que, además, los organismos de la Administración Central deberían estrechar su colaboración, a veces inexistente, con las Comunidades Autónomas, algunas muy ágiles en estas actividades, y con las autoridades municipales y locales, impulsoras igualmente de proyectos de cooperación, y no extraviarse en estériles y ridículas querellas competenciales. Aunque, ciertamente, tampoco sería inoportuno dinamizar campañas informativas que mejorasen la imagen de los árabes y también de los israelíes en la opinión pública española, donde todavía persisten clichés trasnochados que, desgraciadamente, pueden reavivarse y agriarse con tintes xenófobos provocados, entre otros fenómenos recientes, por la llegada masiva de trabajadores extranjeros. La receta se resume en tres palabras: educación, cultura y cooperación. El conocimiento, mejor si es recíproco, siempre es preferible a la ignorancia. En este aspecto, las organizaciones no gubernamentales españolas, muy numerosas, están llevando a cabo una labor importantísima en los territorios que ya se encuentran bajo administración de la Autoridad Nacional Palestina.

Mucho más complicadas y difíciles son las cosas en el Magreb. La atención ha de centrarse, no sólo a efectos pedagógicos, en los tres países que desigualmente lo componen. Con exclusión, que no olvido, de los dos limítrofes: Libia y Mauritania que requieren un tratamiento particular y bien diferenciado. Con el primero, ya aludido, el medio plazo debe perseguir, al menos, el restablecimiento de la situación anterior a la imposición de sanciones al régimen de Gaddafi y, en absoluto, apostar por la caída de este singular dirigente que, por lo demás, acredita una estabilidad análoga a la de la mayoría de los dirigentes autócratas de sus características. Un petróleo próximo a España, junto a la presencia de empresas energéticas españolas y también de obras públicas en Libia, producen una conjunción especialmente favorable a nuestros intereses. Por añadidura, el régimen libio, salvo anécdotas del pasado que no se han repetido, no alinea a Madrid con el conjunto de cancillerías europeas tachadas de imperialistas. No se olvide, en último lugar, que la presencia de capital libio en sectores bancarios y financieros españoles alcanzó cifras que comenzaban a ser interesantes.

Al otro extremo del Magreb, Mauritania. De reciente vida estatal, ya que hasta bien entrada la década de los setenta se hablaba del ensemble mauritano; estos eran los términos que utilizaba la Corte Internacional de Justicia, en 1975, en su Dictamen sobre el Sahara Occidental. País que, por lo demás, siempre ha vivido a la sombra de Marruecos y Francia. Para España, es un interlocutor menor en el Magreb, pero de ninguna de las maneras despreciable. La costa y las aguas mauritanas, donde faenan pesqueros españoles, serán siempre apreciadas y es un sector a desarrollar, dadas además las dificultades crecientes que presentan los caladeros marroquíes. Sumido en un notorio retraso, Mauritania ofrece todas las posibilidades para la creación y el desarrollo de infraestructuras de todo tipo: obras públicas, abastecimientos de recursos, electrificación, comunicaciones y telefonía, etc. Ya son varias las empresas españolas que, en solitario o en colaboración con otras europeas, están presentes en suelo mauritano. En consecuencia, Mauritania puede ser un complemento valioso para reforzar nuestra posición en el núcleo duro magrebí.

Túnez, pese a todos los esfuerzos diplomáticos realizados, no ocupa un lugar de relieve en nuestra diplomacia del Magreb. Por razones históricas, culturales y económicas, Túnez se ha movido siempre en una órbita no española. Su pasado colonial francés y el recuerdo de la presencia italiana dibujan los actores principales en la política exterior tunecina. Su sistema político tiene demostrada una notable estabilidad, cimentada y cultivada por el padre de la independencia Habib Bourguiba y proseguida por Ben Ali. Aunque su promoción a la Jefatura del Estado no satisfizo las esperanzas suscitadas de evolución y modernización. Por añadidura, desde hace algunos años, recuérdese la que se llamó "revuelta de la sémola", de especial violencia, existen grupos fundamentalistas muy activos que son reprimidos sin ningún género de contemplaciones. La diplomacia española en este país tiene un objetivo prioritario: mantener el equilibrio en la zona y contar siempre con la Cancillería tunecina que goza de especial ascendiente en París y de gran prestigio en la mayoría de los Estados árabes. Desde otro punto de vista, España debería hacer un mayor esfuerzo en potenciar nuestra presencia cultural en Túnez donde hay un terreno especialmente favorable para este género de actuaciones. Esfuerzo que también debería llevarse a cabo en el sector turístico: son numerosos los españoles que visitan Túnez y ya comienzan a ser abundantes las empresas españolas que invierten en este relevante aspecto de la economía tunecina.

Argelia es el segundo gran socio español magrebí; en la vertiente económica, el primero. Argelia es un país muy descollante no sólo en la polí-

tica exterior española; también lo ha sido y puede volver a serlo en la interna. La revolución argelina, como la bautizase Frantz Fanon, fue un referente, tanto en positivo como en negativo, para la política y para la opinión española. Hubo un tiempo, final del franquismo y años de la transición democrática, en el que los términos españoles izquierda y derecha buscaban sus homólogos bien en Argelia, bien en Marruecos. Posteriormente, cuando Bumedíán trasladó su rivalidad con Rabat al escenario del Sahara Occidental, Madrid se vio atrapada entre dos fuegos y cuando esperpenticamente Argelia intentó poner sobre el tapete la supuesta africanidad del Archipiélago Canario, España tuvo que desplegar todos sus esfuerzos diplomáticos para evitar que la Organización de la Unidad Africana aceptase las tesis argelinas; en estos momentos, Argelia llevó su presión a financiar a un singular y casi individual movimiento independentista canario (MPAIAC). Superada la cuestión saharauí, que no resuelta, el Gobierno argelino, tras alguna vacilación, prestó buenos oficios a su homónimo español en la lucha anti-terrorista y sirvió de escenario para las conversaciones que, en su momento, mantuviera el Gobierno de Felipe González con ETA.

En la actualidad, las inquietudes y los temores han cambiado la escenografía y el escenario. Argelia ha estado casi a punto de caer bajo la oleada fundamentalista más extremista, liderada políticamente por el Frente Islámico de Salvación y por sus organizaciones armadas, que han puesto en jaque en varias ocasiones al Gobierno. Argelia, sumida en el fracaso, por la corrupción y por la ineficacia del Frente de Liberación Nacional, no acaba de encontrar la vía para un proceso que, en este caso, habría de ser, a un tiempo, estabilizador y democratizador. Sería absurdo subrayar que el interés español, extensivo a todo el Magreb, es, en primerísimo lugar, mantener la estabilidad regional y, a continuación, mejor en paralelo de ser posible, impulsar el desarrollo socio-económico y el progreso político. En el caso de Argelia, superar esta cruelísima guerra civil, en la que ambos bandos han competido en crueldad y en barbarie, más de cien mil muertos, y también que este país recupere el puesto privilegiado que todo hacía esperar tras su independencia y que lo situaban en la vanguardia de la diplomacia magrebí y árabe. Evidentemente, sin caer en los mesianismos tercermundistas de la época de Ben Bella, cuando Argel era la capital mundial de todos los movimientos de liberación.

A estos factores políticos y geoestratégicos, se suma la posición dominante que Argelia ocupa en el sector energético español. Salvo suministros poco relevantes, el gas natural que hoy consumen los hogares y las

industrias españolas, es argelino en su casi totalidad. Al principio, como se recordará, no fue todo tan fácil, porque como ha sucedido en otras ocasiones y con sectores distintos, tanto Madrid como Argel otorgaron al gas natural un alto valor añadido como instrumento político. Con precios superiores a los del mercado, Madrid pagó favores diplomáticos; a su vez, Argelia trató de sacar beneficios políticos del gas suministrado. Es una crónica harto conocida, pero que, hasta hace poco, no estaba suficientemente documentada. Felizmente, hoy se cuenta con un estudio excelentemente documentado, cuyo autor, Técnico Comercial y Economista del Estado, fue Consejero Comercial de la Embajada de España en Argel, durante los años más duros de la renegociación de los Acuerdos hispano-argelinos sobre el gas natural (20).

El gas argelino ocupa un lugar preferente en el consumo español, tanto doméstico como industrial; un consumo que, además, crece a un ritmo de un 20 por ciento anual. Ciertamente, España trata de diversificar a sus proveedores, buscados en algunos países africanos y americanos, no faltando incluso interesantes propuestas, en los últimos años, de la República Islámica de Irán. Sin embargo, tanto la cercanía geográfica, como las cuantiosas inversiones efectuadas y nuestro propio interés nacional, hacen suponer que Argelia continuará siendo nuestro principal suministrador de gas natural. Y que también se mantendrá como uno de nuestros socios preferentes en el Magreb y en el mantenimiento de nuestra propia seguridad y de la seguridad común en el Mediterráneo.

Y, en último lugar, que es el primero, Marruecos. País que ha sido una constante en la política exterior y en la política nacional de España desde el último tercio del siglo XIX hasta la actualidad. Conseguir un Protectorado en el Norte de Marruecos no fue tarea fácil; y, desde las Guerras Marruecas hasta el año 1925, nuestra aspiración colonial estuvo marcada por un rosario de conflictos internos y de tensiones sociales que, por mencionar algunos capítulos, transitan entre la Semana Trágica y el Expediente Picasso (General Juan González) hasta el "primorriverismo".

Las relaciones hispano-marroquíes son las arquetípicas entre dos países vecinos con intereses cruzados: rechazos, afinidades, tensiones, amistad y, a veces, esquizofrenia. La peculiaridad de una frontera compleja, marítima y delicadamente territorial, no facilitan el entendimiento:

(20) Vid. PORTILLO PUERTAS, Juan María: *"El papel del gas natural en las relaciones hispano-argelinas (1970-1985)"*. Madrid, 2000.

Ceuta y Melilla no son, además, líneas divisorias exclusivas entre los dos Estados; constituyen también la única linde fronteriza territorial que la Unión Europea tiene con un país no europeo.

Aunque, para que no falte nada y, en términos generales los libros de historia no lo relaten o pasen por este episodio como sobre ascuas, tras la independencia de Marruecos se produjo la que se llamó “guerra chiquita” que culminó con la “retrocesión”, sinónimo vergonzante de devolución, de Sidi Ifni a Marruecos. No es necesario insistir en que la situación más delicada por la que pasó España, desde 1939, fue el conflicto entre los dos países por el Sahara Occidental y que llegó a su clímax con la Marcha Verde y con la firma del Tratado de Madrid (10 de Noviembre de 1975), por el que España abandonó la “provincia”, en términos administrativos, del Sahara Occidental en manos de Marruecos y de Mauritania; poco tiempo después, tras la retirada mauritana, el antiguo territorio español pasó a la jurisdicción, que no a la soberanía, de Marruecos. La cuestión del Sahara Occidental ha sido, durante largo tiempo, un obstáculo que ha entorpecido las relaciones hispano-marroquíes; aunque, por fortuna, nunca llegaron a las cotas de tensión vividas durante la Marcha Verde. Por lo demás, el contencioso saharauí nunca finalizará hasta que no se realice el referéndum auspiciado por la ONU y que permita que el pueblo saharauí ejercite su legítimo derecho a la autodeterminación; que tanto puede dar lugar al nacimiento de un nuevo Estado como a la inserción total del territorio del Sahara Occidental en la soberanía de Marruecos.

En manera alguna son situaciones análogas, pero llegará un día en que igualmente deberá abordarse la cuestión de Ceuta y Melilla. Sin predeterminedar soluciones, que no están en mis manos y tampoco son de mi incumbencia, una reflexión que se quiere de futuro no puede dejar de mencionar este problema que, en el futuro, puede agriar gravemente las relaciones bilaterales entre ambos países. Por lo menos, habría que recordar que, en el terreno diplomático, el país que avanza propuestas es siempre el que tiene la iniciativa. En este aspecto, mientras Marruecos ofrece ideas, por inaceptables que puedan ser, España siempre mantiene el mutismo y se limita a proclamar la españolidad de ambas ciudades. Aunque fuera, como está mandado, en el silencio y en la discreción de los gabinetes, quizá fuese interesante, a título constitucional, reflexionar sobre la fórmula de la co-soberanía que, a lo mejor, pudiera ser un terreno de exploración interesante en otro escenario territorial español también contencioso. Por el momento, a fuer de realistas, la situación actual, frontera común con la Unión Europea, es una situación sumamente intere-

sante y beneficiosa, política y económicamente, para Marruecos y que no entra en sus designios inmediatos alterar. La única situación peligrosa sería aquella en la que Ceuta y Melilla pudieran ser instrumentadas, en nombre del irredentismo territorial, para abortar algún peligro en el que la Corona alauí sintiese amenazada la cohesión nacional.

No obstante y pese a la responsabilidad en que en que frecuentemente incurren nuestros medios de comunicación, insistiendo en lo que nos separa y divulgando imágenes negativas de nuestros convecinos, conscientes de las dificultades pasadas y de las que pudieran sobrevenir en el futuro, es indiscutible que las relaciones bilaterales son altamente positivas y que han mejorado sensiblemente nuestras percepciones recíprocas. Marruecos es uno de los países árabes que, con todas sus contradicciones a cuestas, cuenta con un mejor y mayor desarrollo intelectual y educativo (21). Su situación económica, sin ser optimista, es envidiable para los países de su entorno y goza de un trato extremadamente favorable por parte de la Unión Europea. Desde su independencia, incluso antes, como recuerda la visita de F. D. Roosevelt a Casablanca durante la Segunda Guerra Mundial, es un aliado preferente de Estados Unidos en el Norte de Africa y en todo el Mediterráneo y mantiene unas relaciones de altísimo nivel con Francia, que no vamos a descubrir ahora. No es preciso agregar su vocación innegable de Potencia Regional. Por lo demás, Marruecos ejerce una gran influencia en todo el Mundo Árabe, donde su diplomacia siempre ha destacado y es generalmente respetada.

El sistema político marroquí se basa en un delicado equilibrio entre Modernidad y Tradición; no en balde, el Rey reúne la doble condición de Jefe del Estado y de Imán de los creyentes. Hasta ahora, Marruecos ha sabido controlar sus movimientos fundamentalistas, bien arraigados y ahora en trance de crecimiento, y que cuentan con una sólida implantación en el tejido social del país a través de una considerable obra asistencial desarrollada desde siempre por las hermandades y cofradías religiosas. Integrismo hoy redoblado al asumir sus dirigentes el protagonismo en la lucha contra la corrupción desde el planteamiento de respeto a la ley coránica.

No sería veraz, ni tampoco correcto, trazar un paisaje idílico de Marruecos, un país siempre tenso entre la atracción occidental y la lealtad

(21) Vid. MARQUINA, Antonio: Edit., *“Les elites et le processus de changement dans la Méditerranée”*. Madrid, 1997.

religiosa y cultural. El reinado de Hassan II, monarca constitucional de un sistema parlamentario a todas luces insuficiente, estuvo colmado de acechanzas; y el propio rey pudo salir providencialmente ileso de atentados y de conspiraciones, tanto palaciegas como pretorianas. La continuidad de su reinado se logró a un precio muy elevado para las libertades democráticas y para los derechos fundamentales de los marroquíes. Actualmente, Marruecos parece comprometido en un proceso de transición democrática, encabezado por el joven monarca Mohammed VI, en el que algunos quieren ver un cierto paralelismo, escasamente justificado, con el proceso español. Hasta ahora, la evolución de Marruecos, para algunos observadores, es demasiado prudente y cautelosa. Sea cual sea su ritmo, lo importante es que no se detenga o retroceda y que sea una vía propia y original; en este camino se cuenta ya con importantes propuestas hechas, como es lógico, por los propios marroquíes (22). Las aspiraciones internas y los apoyos, que no presiones, del exterior, entre las que debe figurar en primer lugar la presencia de España, reforzada por los lazos de amistad entre las dos Casas Reales, habrían de encaminarse a situar a Marruecos en la posición democrática que por fuerza y por capacidad de liderazgo le corresponde en todo el Mediterráneo Árabe y no tan sólo en el Magreb.

Todo este conjunto, dibuja un mapa muy complejo, pero de gran interés, para nuestra diplomacia. Pero es que, a más de los factores históricos, políticos, culturales y militares, existen otros de notable relevancia y que, en manera alguna, pueden descuidarse. Marruecos, al igual que el conjunto magrebí, no es, en absoluto, Tercer Mundo. Su economía y sus potencialidades le prometen un porvenir de progreso y desarrollo (23). Con respecto a la Unión Europea, no es objetivo de estas páginas estudiar la posición privilegiada de Marruecos. Pero, frente a España, continuamos siendo uno de sus mejores socios: tanto de sus fosfatos de potasa como de sus reservas pesqueras. Somos, pues, uno de los primeros clientes del comercio exterior de Rabat. Verdad que, con respecto a la pesca, el futuro no es muy halagüeño: las reservas naturales del litoral marroquí no son inagotables; por otro lado, Marruecos aspira legítimamente a sacar el máximo provecho de sus riquezas y no sólo en dinero: también pretende que los barcos que faenan en sus caladeros lo hagan bajo pabellón marroquí y que las empresas derivadas de la pesca se instalen en su territorio.

(22) Vid. TOZY, Mohammed: *"Monarquía e Islam político en Marruecos"*. Barcelona, 2000.

(23) Vid. LORCA, Alejandro y ESCRIBANO, Gonzalo: *"Las economías del Magreb. Opciones para el siglo XXI"*. Madrid, 1998.

Aunque la flota pesquera española, cuando puede por su capacidad, ya faena en otras aguas y no cesa en la búsqueda de nuevos caladeros, nuestra dependencia de Marruecos en este sector no desaparecerá. De una o de otra forma, continuaremos consumiendo pescado marroquí: o pescándolo nuestros barcos o comprándoselo a Marruecos. En consecuencia, sólo queda una alternativa: negociar generosos acuerdos de cooperación, como ya se viene haciendo desde hace años, crear empresas mixtas de pesca y conservación y fomentar la inversión de capitales en los sectores productivos de Marruecos donde todavía existen grandes posibilidades de crecimiento y de rentabilidad.

En los últimos años, nuestras relaciones bilaterales están padeciendo el impacto de otros fenómenos de gran calado, tanto en lo material como en lo espiritual y psicológico: España es punto de destino y país de tránsito para los grandes movimientos migratorios africanos que llegan a nuestras costas desde tierras marroquíes. Obligación prioritaria es acabar con el penoso y obscuro espectáculo de las pateras y de los centenares de cadáveres flotando en aguas del Estrecho, con las expulsiones y con la explotación despiadada de los mal llamados ilegales. Ahora bien, esta tragedia humana tiene dos aspectos que han de distinguirse muy nítidamente.

En primer lugar, el flujo de magrebíes hacia tierras europeas, españolas y más allá, tiene, en lo que respecta a nosotros, un componente eminentemente marroquí. Desempleo y atracción ejercida por los medios de comunicación son factores que mueven a los jóvenes marroquíes, y a los no tan jóvenes, a cruzar las aguas del Estrecho. Es cuestión fundamentalmente bilateral que, aunque compleja, podría resolverse entre ambos países de forma correcta. Habría que arbitrar, en primer lugar, campañas informativas en Marruecos sobre las posibilidades reales de empleo en España; articular ofertas precisas de contratación laboral, tanto la de carácter permanente como la temporal, en condiciones de legalidad y con fijación de cuotas que atendiesen tanto la demanda española de fuerza de trabajo como los deseos migratorios marroquíes; y, también, establecer una estrecha cooperación policial para combatir las mafias explotadoras de estas necesidades, así como la rapacidad de ciertos empresarios españoles que se nutren de los llamados ilegales. Tareas que no son imposibles de lograr al amparo de la nueva Ley de Extranjería. Para completar esta relación bilateral, que puede ser recíprocamente beneficiosa, debería incrementarse la Ayuda Oficial al Desarrollo; que, por lo demás, tendría que incluir los estímulos suficientes para que aumentasen las ins-

talaciones de empresas españolas en suelo marroquí. Se trataría de convertir lo conflictivo en un factor de entendimiento. Los ritmos demográficos españoles, casi inexistentes, obligan además a contar cada vez más con el esfuerzo laboral de los trabajadores extranjeros.

En segundo lugar, Marruecos es, a su vez, tierra de tránsito para los africanos subsaharianos que llegan a este país como trampolín para saltar a Europea. Masas humanas que, ciertamente, crearán problemas de gravedad creciente para Marruecos. España, a su vez, forma parte del territorio Schengen. Es imprescindible que se estableciese una estrecha colaboración, no sólo policial, entre Rabat y Madrid para intentar resolver este problema que hace a Marruecos, al mismo tiempo, sujeto físico y objeto material de estos flujos migratorios que no tienen trazas de descender en los tiempos venideros.

Por suerte, el futuro no está escrito de antemano y algo tenemos que ver en su redacción los humanos que hacemos y que escribimos la historia. Cualesquiera aproximación al porvenir quedaría incompleta si se ocultasen algunos aspectos del presente. En las relaciones de España con el Mediterráneo Árabe se entrecruzan una multitud de componentes de enorme disparidad y, por lo tanto, de tratamiento diferenciado. Al comienzo de estas páginas, indicaba que, en mi opinión, la Unión Europea tiene una concepción que no es totalizadora del Mediterráneo y que está dominada por las cuestiones relativas a la seguridad. Además, tras la caída del Muro de Berlín y la desintegración de la antigua Yugoslavia, la Unión Europea, bajo la dirección singular de Alemania, ha volcado su interés en Europa Central y Oriental. Con estos datos, España no puede, ni debe, renunciar a una política árabo-mediterránea propia de su acción diplomática y con unas coordenadas específicas derivadas de nuestro interés nacional. Al menos, contamos, para lo bueno y para lo malo, con una historia común poblada de aciertos y también de errores.

España posee, además, algo muy importante: una política nacional favorable a nuestra dimensión mediterránea y que es muy sensible a los problemas y conflictos del Mediterráneo Árabe. Pero es que, además, puede llevar a cabo una diplomacia que le otorgue un peso específico en el área geográfico y, de paso, la distinga de las demás Cancillerías de los restantes países europeos. Por estas razones, aparte otras de raíz fundamentalmente ética, habría que ser muy cuidadosos, exquisitamente delicados, con la temática de los derechos humanos en el Mundo Árabe, en general, y en los países del Magreb, en particular. Algo parecido se hizo,

con notable éxito, durante los procesos de transición democrática en un número considerable de países centro y sur americanos. En este plano, debe usarse tanto de la diplomacia tradicional, muy respetuosa de la soberanía nacional de cada Estado y atenta siempre a no ser tachada de intervencionista, como con la nueva diplomacia que otorga un trato de favor a los países que, con todas las cautelas que se quiera, han iniciado un difícil proceso de transición hacia formas democráticas. Mohammed VI y Buteflika y, sobre todo sus pueblos, junto con el tunecino, han de contar con todo el apoyo español en tan delicado tránsito. Combinar progreso con estabilidad es un reto peligroso; aunque, en definitiva, aquello que dará más seguridad al Magreb será la edificación de sistemas democráticos, insertos en la cultura política árabe; ellos, y no otros foráneos, podrán presentarse como modelos a todos los pueblos del Mediterráneo Árabe, occidental y oriental. Posiblemente, estas últimas líneas puedan tacharse de ilusas. Pero es que, en mi planteamiento personal, la perspectiva de futuro, sin unas dosis de utopía concedora de la historia, es pura ingeniería ideológica de laboratorio condenada a repetir estérilmente un pasado habitado por fracasos y por frustraciones. Y no era ésta la intención que ha guiado la redacción de estas páginas, sino el contribuir con una reflexión personal a la crítica y al conocimiento.